

LIBRO PRIMERO  
ANTES DE PREDICAR

## CAPÍTULO PRIMERO

### PREPARACIÓN REMOTA

Consiste la preparación remota del predicador en penetrarse de la grandeza de su misión. Es depositario y sembrador de la Divina Palabra que el Verbo encarnado anunció al mundo: palabra que revela profundo conocimiento de los tiempos, de los lugares y de las almas; palabra que viene á explicar lo que hasta entonces era incomprensible, sustituir lo llamado á desaparecer, restaurar lo deteriorado y perfeccionar lo incompleto; palabra que corresponde á todos los oráculos y promesas del Cielo, nos inicia en el misterio de la vida de Dios, nos declara sus obras, nos enseña el verdadero sentido del culto que le debemos, y nos muestra el camino de la salvación; palabra que añadiendo consejos á los preceptos, nos encamina á la más alta perfección que concebirse pueda en la humana naturaleza; palabra en que todas las verdades se agrupan y sostienen, se eslabonan y penetran, y nos condu-

cen, por camino inundado de luz, desde nuestro punto de partida á nuestros eternos destinos.

Como portador de esa palabra, no es el predicador solamente un hombre público que defiende en lugar sagrado los más graves, sublimes y caros intereses de la sociedad humana; es también hombre de Dios, revestido de augusto carácter, que le da fisonomía y autoridad de maestro divino. Quien le ve, ve á Cristo; y «quien le escucha, á Cristo escucha.» (1) «El predicador sube al púlpito, dice Bossuet, á celebrar un misterio semejante al de la Eucaristía, porque no está más realmente Jesucristo en ese adorable Sacramento que su verdad en la predicación evangélica.— Oír á un predicador, es oír á Dios hablar en nuestra lengua» (2).

¡Admirable misión!— Jóvenes religiosos y levitas, pensadlo muy de antemano, y medita estas palabras de la Sagrada Escritura: «Dios me ha constituido rey sobre Sión, su santo monte, para predicar su Ley» (3). Soy escogido por Dios, y se-

(1) «*Qui vos audit me audit.*» (Luc., X, 16).

(2) Sermón sobre la palabra de Dios (1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup> parte).

(3) «*Ego autem constitutus sum rex super Sion montem sanctum ejus, predicans praeceptum ejus.*» (Ps. II).

ré enviado por El, «como embajador de Cristo, para hablar en nombre suyo» (1).

Sí, tendréis que hablar en nombre de Dios, para procurar su gloria difundiendo su verdad, disponiendo las almas á la infusión de su gracia, dirigiéndolas por los santos caminos que conducen á la bienaventurada patria donde será Dios eternamente alabado, bendecido y glorificado. La gloria de Dios, la santificación y la salvación de las almas: nunca perdáis de vista este sublime fin de vuestro ministerio. Desde los primeros días de vuestra carrera, proponeos gran rectitud y pureza de intención. Renunciad á los triunfos humanos; y si la naturaleza, ávida de vanagloria, os diese á entender que podéis ser artistas, respondedle que sólo ambicionáis ser apóstoles.

No se forma el apóstol de improviso; á tan alto ministerio debe prepararse en la soledad, con silencio, estudio, meditación y oración. La vida oculta de nuestro divino Maestro es el tipo adorable de esta preparación. Tres años de su vida consagró á la predicación de su doctrina y á las maravillosas obras en que había de fundar la verdad de su filiación divina. Pasadas las primeras manifestaciones á los pastores de Belén y á los

(1) «*Pro Christo legatione fungimur, tanquam Deo exhortante per nos.*» (II Cor., V, 20).

magos de Oriente, vuelto de su destierro de Egipto, se sepulta en la humilde casa de Nazaret. En tan oscura morada, inaccesible á la mirada indiscreta del mundo, «crecía y se fortificaba, nos dice el Evangelista, como crecen y se fortifican los niños; y mientras en su purísimo Cuerpo gravitaba la naturaleza hacia su plenitud, la Divina Sabiduría henchía su alma y la gracia le prodigaba sus dones (1).

A la edad de doce años, hallábase en sazón para su ministerio público y podía enseñar al mundo, pues ya dejaba asombrados á los doctores con la profundidad de sus preguntas y sabiduría de sus respuestas; mas aun le faltan diez y ocho años de oscuridad y de silencio. Después de las horas de trabajo, cerradas las puertas de la vivienda de Nazaret, María y José contemplaban estáticos al dulcísimo Obrero, y admiraban en El los progresos constantes de la sabiduría y de la gracia. ¿Quién contará las maravillas de aquel divino noviciado? De las profundidades infinitas en que se abismaba, sacaba Jesús cada día algún nuevo tesoro que comunicaba al corazón de sus padres en tiernos coloquios y fervorosas oraciones, cuando no quedaba sumido en la contempla-

(1) «*Puer autem crescebat, et confortabatur, plenus sapientia, et gratia Dei erat in illo.*» (Luc., II, 40).

ción de las perfecciones divinas, y como anegado en amorosa unión con su Padre celestial. Así preparaba la grande obra de perfección y salvación en dos almas queridas, las más nobles y santas que han honrado la creación y recreado á Dios, esperando con paciencia el llamamiento de su precursor.

Entra en su vida pública á la hora por Dios determinada, y desde los primeros días se rodea de los que habrán de ser continuadores de su divina misión. En la intimidad los instruye en los misterios del Reino de Dios, y los forma para ser heraldos suyos. Con admirable sabiduría les mide sus revelaciones; desarrolla sucesivamente las obras prodigiosas de que han de dar testimonio; les recuerda oportunamente los oráculos del pasado; les abre con discreción las perspectivas del porvenir, y con prudencia les manda hacer los primeros ensayos de su ministerio apostólico.

Pero el principal y soberano agente de su preparación es vivir continuamente en compañía del Salvador, y bañarse, digámoslo así, en la luz de los grandes ejemplos de amor, bondad, misericordia, mansedumbre, religión, justicia, fortaleza, celo, santa libertad, austeridad, sacrificio, que á diario les da. En tres años, de tal modo los llena de sí mismo, que en la hora solemne de su tránsito declara formar con ellos una sola cosa. Y aún no

los envía; tienen que sufrir la prueba de los días amargos y sangrientos de la Pasión. Cuando asombrados en sus almas, consternados, desalentados por el tremendo misterio de la Pasión del Salvador vuelvan consolados, fortalecidos y asegurados en la fe por las apariciones de Cristo resucitado, entonces el Maestro, próximo á subir al Padre, los bendecirá por última vez y los enviará á predicar al mundo su doctrina y su ley: «Id, enseñad á todas las naciones y enseñadles á guardar mis mandamientos, he aquí que yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos» (1).

Solemnemente investidos de esta gran misión, todavía no marchan; quiere Jesús que se recojan y esperen en silencio el efecto de la promesa que les ha hecho en nombre de su Padre (2). Diez días están encerrados en el Cenáculo, y orando constantemente, llaman al Paracleto que ha de acabar su formación. En el día santo de Pentecostés se estremecen las bóvedas de la casa donde se hallan, como á impulso de un fuerte viento, bajan del Cielo lenguas de fuego y descansan sobre cada uno

(1) «*Euntes, docete omnes gentes... docentes eos servare quacumque mandavi vobis. Et ecce ego vobiscum sum omnibus diebus usque ad consummationem sæculi.*» (Matth., XXVIII, 19, 20).

(2) «*Præcepit eis... Jerosolymis ne discederent, sed expectarent promissionem Patris, quam audistis (inquit) per os meum.*» (Act., I, 4).

de ellos. Llegado es el momento: el Espíritu Santo les ha conferido la plenitud de su espíritu; van á hablar: *Repleti sunt omnes Spiritu Sancto et cæperunt loqui* (1).

Ya lo véis, Jesús se preparó y preparó á sus Apóstoles para el oficio santo de la predicación: lección que os da para enseñaros que no os basta tener, desde el principio, alta idea y profunda estimación del ministerio á que sois llamados, sino que debéis entrar en la carrera apostólica sólo después de largo período de silencio y de religiosa formación. Los años de noviciado ó de seminario representan en vuestra vida la vida oculta del Salvador y el divino aprendizaje que preparó á los Apóstoles para su misión. Tiempo es entonces de abrir vuestra alma á todas las verdades que habréis de predicar al mundo, aprovecharos de vuestra intimidad con Cristo para adquirir gran fondo de virtudes religiosas y sacerdotales, y tomar ya, mediante la oración, armas sagradas sobre las almas que han de ser evangelizadas por vuestra palabra.

«Tres bienes debe asegurarse el que predica: palabra procedente de ciencia laboriosa y piadosamente adquirida, ejemplo de toda virtud y obra santa, oración fervorosa y asidua.» Esto dice San Bernardo, no sin añadir: «El mayor y mejor de

(1) Act., II, 4.

los tres bienes, es la oración; pues si la virtud viene en ayuda de la palabra, la oración merece para esta y para las buenas obras virtud y eficacia» (1).

«Si queréis, dice un autorizado consejero de los predicadores, que os escuchen con inteligencia, voluntad y docilidad, mucho mejor lo conseguiréis con el fervor de vuestras oraciones que con todas las facultades oratorias» (2).

Trabajad, pues; santificaos, orad con fervor, durante los años de vuestra formación, y sin duda saldréis con la suprema plenitud del varón apostólico, que le permite prodigar los tesoros de su alma, sin que jamás le falte que dar; porque se da de la abundancia, y no de la indigencia. Meditad estas palabras del santo abad de Clarabal: «Perderéis el fruto de vuestro trabajo, si medio llenos, os apresuráis á derramaros antes de llegar á vuestra plenitud, obrando contra la ley de Dios que prohíbe labrar con el primogénito del buey» (3).

Desconfiad de esos indiscretos ardores que impulsan á los jóvenes á exhibirse. Podrán nacer

(1) «Manent enim tria hæc: Verbum, exemplum, oratio. Major autem his est oratio, nam etsi vocis virtus sit opus, et operi tamen et voci gratiam et efficaciam promeretur oratio.» (Epist., 208).

(2) «Ut intelligenter, ut libenter, ut obedienter audiat, pietate orationum magis quam oratorum facultate assequi se posse non dubitet.» (Natal Alejandro, Institut. concionatorum, XI, § 55).

(3) «Quod tuum est spargis et perdis, si priusquam infundaris tu totus semiplenus festines effundere, contra legem arans in primogenito bovis.» (Sermo XVIII in Cant., 2).

de precoz y legítimo deseo de trabajar por la gloria de Dios y hacer bien á las almas, pero en la generalidad proceden de vanagloria. ¡Ah! «el vicio de la vanagloria, dice el venerable Granada, es tan ordinario y natural á los predicadores, que en él incurren sin advertirlo ni tenerlo por pecado.» (1)

Desear con impaciencia y avidez el sagrado ministerio para satisfacer la propia vanidad es entrar en el redil como ladrón: ardiente caridad y humilde obediencia son las puertas del redil.

Séame dado aquí suplicar respetuosamente á los encargados de la educación de los jóvenes predicadores que no prodiguen entusiasmo á los primeros ensayos de estos, ni exageradamente los aplaudan so pretexto de alentarlos, y sobre todo, no los lancen prematuramente á la carrera apostólica. Lo contrario es fomentar su amor propio, alucinarlos acerca de su propio valer y exponerse á tristes desengaños. ¡Cuántos jóvenes, estragados por las lisonjas de sencilla é indiscreta admiración, no han dado lo que prometían, y han sufrido, condenados á triste medianía, la pena de tan precoz alucinamiento!—A los maestros, como á concriptos de la elocuencia sagrada, repito la sentencia de San Bernardo: «Llenad bien antes de derramar: *Implere prius, et sic curate effundere.*»

(1) *Retórica eclesiástica*. cap., V.